

Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos ilustres cínicos y estoicos*, (traducción, introducción y notas de Néstor L. Cordero), Buenos Aires: Colihue, 272 pág., 2020.

Preguntado [Diógenes de Sinope] sobre el provecho que había obtenido de la filosofía, dijo: «Si no hubiera otro, al menos el estar preparado para todo tipo de azar». D.L. VI.63

Vidas de los Filósofos Ilustres de Diógenes Laercio (D.L.) sigue siendo un hito fundamental en el estudio de la Antigüedad y, aunque un tanto se cuestiona su precisión filosófica, en algunos casos constituye una imprescindible fuente de recursos. Uno de esos casos es el de los cínicos, donde los recaudos no deben volverse limitantes, ya que tan poco se conserva de esta escuela que la obra de D.L. se vuelve el principal testimonio de sus ideas. La ilustración de su modo de vida está constituida casi puramente por dichos y anécdotas que podrían intentar dar cuenta de ciertos principios éticos, políticos, gnoseológicos y posiblemente metafísicos que forjaron aquellos que plegaron el manto. Por el lado de los estoicos, las *Vidas* contienen un desarrollo de gran importancia que, a diferencia del caso de los cínicos, expone una doctrina concreta: es la presentación más extensa que se posee de las ideas del estoicismo antiguo, una fuente magna para conocerlos, que presenta sus núcleos filosóficos más importantes y las principales divergencias entre los pensadores.

Como es sabido, la obra de D.L. se ocupa en cada libro de distintos lineamientos filosóficos, menos el tercero, que está dedicado enteramente a Platón. La traducción de Néstor Cordero (doctor en Filosofía por las Universidades de París IV [Sorbona] y Buenos Aires, y profesor emérito de la Universidad de Rennes I) se rinde al sexto y séptimo, que tratan de los cínicos y de los estoicos, respectivamente. De esta forma, se apoya en la propia sistematización que D.L. propone para su texto, concibiendo una suerte de sucesión intelectual, evidenciada por las bases comunes a las distintas doctrinas filosóficas, que empezaría con la figura de Sócrates, seguiría con Antístenes, Diógenes de Sinope y Crates, de la escuela cínica, para terminar en Zenón de Citio, fundador del estoicismo, y sus oyentes. No es ajeno a su contexto: pa-

ra los doxógrafos «contactar con Sócrates es como asegurar un sello de nobleza intelectual» (C. Mársico, *Filósofos Socráticos. Testimonios y fragmentos I*, 2013: 13). En efecto, optar por traducir uno u otro libro de forma separada es simplemente desleal a esta lógica interna del texto, que numerosas veces asimila las doctrinas y recurre a una para dar cuenta de la posición de la otra. La decisión de Cordero de trabajarlos como un bloque entero da lugar a un profundo análisis, brindando una contextualización histórico-filosófica amplia que explica las entrañas del cinismo y el estoicismo, desde sus inicios hasta sus consecuencias.

La circulación de las *Vidas* fue vasta, y numerosas ediciones se han confeccionado. La traducción de Cordero se basa en la de Tiziano Dorandi, de 2013. El volumen inicia con una breve introducción, cuya función es preparar al lector frente a la obra de D.L. y alertarlo de los existentes campos de discusión erudita respecto del texto, y que indica el hilo conductor que conviene seguir en la lectura. Según Cordero, respecto al contenido de los libros de D.L., «nada podrá reemplazar su lectura directa». Aun así, hay ciertos puntos que reciben una especial atención, como la ya mencionada sucesión intelectual, con testimonios que evidencian la influencia socrática. Al respecto, Cordero se ocupa particularmente de la disputa sobre el posible encuentro entre Antístenes y Diógenes: hay quienes indican que tal relación nunca tuvo lugar, a partir del cálculo entre la fecha de muerte de Antístenes, el momento y la razón por la que Diógenes se trasladó a Atenas, y la fecha de su muerte. Cordero elabora una hipótesis que contradice al propio D.L., al proponer que la mítica alteración de la moneda que llevó a Diógenes a ingresar en el camino de la filosofía no fue la causa de su exilio, sino más bien la opresión persa que recibió su ciudad hacia el 370 a.C. De esa forma, nada impediría que Diógenes hubiera conocido a Antístenes, cuando éste era ya bastante anciano. Por el lado de los estoicos, el traductor incluye un testimonio de Temistio que indica que Zenón habría emprendido su camino filosófico hacia el Pórtico Pintado como fruto de una lectura de la *Apología de Sócrates*.

Por otro lado, Cordero presenta el modo de vida cínico como si de una *performance* o dramatización teatral se tratara, aduciendo que, «ahora que la *pólis* ya no existe, el teatro también se globaliza y abarca la sociedad entera». Naturalmente, esto genera una concepción de los cínicos como actores que buscan estímulos determinados para estimular a sus conciudadanos

con respuestas inteligentes y premeditadas, hecho evidenciado en distintas anécdotas que demuestran una supuesta preparación por parte de los *filósofos-actores*. Cordero recurre a G. Giannantoni, quien refiere a aquella anécdota de Aristóteles y el higo en D.L. V.18. Así, los dichos constituirían el texto cínico por excelencia, una suerte de propaganda que denota el espíritu provocador, el anticonformismo y la *parrhesía*. El accionar cínico, como una *performance*, sería como el oboe de la orquesta, que marca la nota perfecta para que los demás por ella se sientan guiados (VI.35, 70). Se pueden rastrear las raíces de esta valoración en un trabajo anterior de Cordero: *El filósofo cínico, actor en el teatro del mundo* (2013). El libro VI contiene un breve detalle sobre Hiparquía de Maronea: el testimonio más extenso que conservamos sobre la vida de esta pensadora, que puede constituir un recurso de suma importancia al momento de reconstituir la trama de las mujeres que ingresaron al campo de la filosofía en la Antigüedad.

Por el lado de los estoicos, Cordero analiza extensamente la posición filosófica de D.L. Poco y nada se sabe del autor de *Vidas*, y mucho se ha especulado sobre su propio posicionamiento filosófico. El traductor propone que, para D.L., la filosofía sería un modo de vida justificado en caracteres teóricos-doctrinales. Parece esto explicar la larga extensión dada al estudio estoico, que constituiría entonces un verdadero paradigma filosófico, y demostraría la adhesión del propio D.L. a esta doctrina. Cabe destacar que el final del libro VII se ha perdido: la obra se corta abruptamente en el detalle de las producciones de Crisipo. Existe un manuscrito que presenta los autores a los que D.L. se habría abocado después. Cordero indica los problemas que existen en esta lista, presentando puntualmente la posición de Dorandi.

Otros puntos de especial interés en la introducción son: la contextualización, la composición y el valor filosófico de las *Vidas*; la pregunta de si efectivamente hay una doctrina filosófica cínica; la presentación de los estudios de Antístenes sobre el *lógos* en el contexto de una disputa intelectual con los demás socráticos, particularmente con Platón y de forma posterior con Aristóteles; la existencia de algunas aparentes contradicciones en el texto de D.L.; los puntos más significativos de la doctrina cínica, y conceptos básicos de otros filósofos, como Platón, necesarios para comprender las principales disputas intelectuales. Por el lado de los estoicos: un breve repaso por la vida de Zenón y una especial atención dedicada a su *República*; un

análisis de la escasa importancia dedicada a Cleantes en la obra, que colisiona con el preponderante lugar históricamente asignado; un pequeño tratamiento dedicado a la importancia de Crisipo y a su gran producción intelectual. Por último, una sistematización de los dichos y anécdotas, tanto de los cínicos como de los estoicos, en tres grandes grupos.

El volumen incluye la traducción de los libros VI y VII, provistos de un extenso aparato crítico compuesto por más de seiscientas notas, una sistematización en títulos y subtítulos y, en el caso del último libro, ciertas reorganizaciones de los párrafos, reacomodando la obra según ejes temáticos, evidenciadas en la numeración y recopiladas en un anexo especial. Este punto, inicialmente poco problemático, implica no obstante la torción de la fuente directa por parte del traductor. Si bien para los lectores menos iniciados este cambio puede brindar una lectura más fluida y desenredada, modificar las fuentes para los criterios de sistematización contemporánea puede dificultar a quienes deseen trabajar D.L. porque supone una intromisión del traductor en la obra.

En cuanto a la traducción, existen ciertos pasajes que son especialmente controvertidos en la historia interpretativa de estas doctrinas. Uno de ellos es VI.41, que constituye un momento sin igual dentro del texto:

[En una ocasión en que] se paseaba en pleno día con una lámpara encendida, [sc. Diógenes de Sinope] dijo «Busco [el] hombre» (*ánthropon zetô*).

En la actualidad, este pasaje no sólo es conocido por ser el momento cínico por antonomasia, sino también por ser considerado inspiración de uno de los motivos nietzscheanos más recordados: «¡Busco a Dios, busco a Dios!», que desencadena en el mítico «¡Dios ha muerto! ¡Dios sigue muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!», en *La ciencia jovial*, § 125. En cuanto a las palabras de Diógenes y al elemento serio burlesco de este momento, han dado lugar a numerosas interpretaciones. Hay quienes han sabido leer una crítica a la falta de virilidad de los atenienses. Esta lectura opta por niveles éticos y morales, resumiendo la búsqueda en una mera reflexión sobre la masculinidad griega. De esta manera, se podría seguir un hilo de argumentaciones presente en numerosos pasajes (VI.45, 47, 58, 61, 65), pero especial-

mente en VI.27, donde se narra que, preguntado en qué parte de Grecia se podían ver hombres de bien, Diógenes respondió: «Hombres, en ninguna parte; muchachos, en Esparta». Sin embargo, hay quienes se inclinan por la denominada *interpretación nominalista*, que logra ver aquí un posicionamiento gnoseológico-metafísico de la doctrina cínica, basándose en que, si Diógenes hubiera querido apelar al concepto de hombre viril, habría utilizado *anér* y no *ánthropos*.

Es necesario recordar que Diógenes convive con una Academia en pleno funcionamiento, encabezada por un Platón activo, cuyas teorías suscitan grandes críticas en el círculo intelectual ateniense, siendo una de ellas el argumento del Tercer Hombre, desarrollado y difundido por los megáricos. En efecto, algunos sugieren que este pasaje constituye una crítica a la teoría platónica de las Formas: el *ánthropon zetô* apelaría a una búsqueda *en vano* de la Forma de Hombre. Como su maestro Antístenes, quien en el *Sáthōn* había indicado que veía al caballo mas no la Caballidad, Diógenes estaría formulando un rechazo a la doctrina platónica, demostrando la inexistencia de las Formas. La posición cínica se podría contrastar con otros pasajes de la obra, como aquellos que presentan una rivalidad extrema con Platón (VI.24, 25, 26, 40, 53, 54,67), donde se critica a los que se preocupan por cosas a su parecer vanas y por realidades etéreas (VI.39, 27), y aquellos en los que Diógenes denuncia la inverosimilitud de ciertos argumentos dialécticos circulantes (VI.38, 39).

A su vez, la interpretación nominalista logra presentar una explicación de la primera parte del pasaje, la que menciona una lámpara encendida en pleno día. Mársico (*Cínicos*, 2019: 42-43) indicó que la lámpara podría ser una referencia a la alegoría del sol. Chouinard (*Cynisme et falsification du langage: à propos de Diogène cherchant un homme*, 2016: 19-33) sugirió que Diógenes buscaría el *eídos*, palabra utilizada por Platón para «Forma» pero que en el lenguaje cotidiano significa «visión», «aspecto», «figura», «hermosura», «imagen», «clase», «especie». Así, buscar con una lámpara jugaría con ambas acepciones (la cotidiana y la platónica) del término. La traducción de Cordero deja espacio para la libre interpretación del lector, acogiendo ambos sentidos en una formulación que permite ambas lecturas, y acompañando al pasaje de una extensa nota al pie que da cuenta de este histórico problema hermenéutico.

Otro hito, VII.2, presenta un mensaje que Zenón de Citio habría recibido como exhortación a volver a los que se ocuparon de la *phýsis*.

Hecatón, por su parte, así como Apolonio de Tiro en el Libro I de su obra *Sobre Zenón*, dicen que, habiendo preguntado al oráculo qué debía hacer para vivir de la mejor manera posible, el dios respondió que frecuentara (*sunchroḗzoito*) los muertos. [Y él] interpretó que debía compenetrarse (*anaginóskein*) con los [filósofos] antiguos.

En esta presentación primaria del pensamiento de Zenón, del estoicismo más embrionario, la revelación del oráculo constituye una marca en su camino filosófico. Estas palabras divinas orientan toda su doctrina, basada en una vuelta al sentido de *phýsis* de los presocráticos. Con el tiempo, la revelación se convertiría en fórmula estoica por antonomasia: «Hay que vivir según la naturaleza». Pero las palabras de D.L. obligan a cierta interpretación.

En primer lugar, el verbo *sunchroḗzomai*, en el que se vislumbra la palabra *chróa* («piel»), relacionada con *chróma* («color»), es polisémico. Se imponen las traducciones «adoptar el aspecto de», «tomar el color de», «compartir la piel», «comunicar», «to be in [defiling] contact with» o incluso «of sexual intercourse». En griego actual, esta palabra tiene un sentido social, de asociación o contacto. Cordero opta por «frecuentar», e informa en una extensa nota al pie distintas opciones que podría haber tomado. La segunda parte del pasaje utiliza el verbo *anaginóskeō*, que también puede brindar múltiples acepciones: «reconocer», «conocer de nuevo», «distinguir», «leer», «know well», «know certainly» o «perceive». Incluso, podría ser traducido por «persuadir» o «convencer».

Resulta significativo determinar si Zenón debía conocer de nuevo a los presocráticos, simplemente conocerlos, recurrir a su lectura, persuadirse o percibirlos. La mayoría de las traducciones se dejan llevar por las opciones de «leer» o «estudiar». Cordero introduce una novedad y las palabras elegidas dan lugar a una interna interpretación del lector, reconociendo los múltiples y diversos y significados que, aun en nuestra lengua, «frecuentar» y «compenetrarse» logran reunir y presentar. Con estos giros, la traducción se vuelve simple pero eficaz, suscitando interesantes lecturas y logrando aden-

trar al camino filosófico al público más exotérico e incentivar a aquellos que en él ya se encuentran a seguir su recorrido.

Esta valiosa presentación del cinismo y del estoicismo demuestra una vez más que, a pesar de los veinte siglos que nos separan, sus doctrinas logran mantener de forma asombrosa su actualidad.

Valentín Zabala³

DOI: <https://doi.org/10.46553/sty.31.31.2022.p199-205>

³ Universidad de Buenos Aires. E mail: valentin.zabala@hotmail.com.

Stylos. 2022; 31 (31); pp. 199-205; ISSN: 0327-8859; E-ISSN: 2683-7900